

ESPAÑA Y LA URSS

ESQUEMA HISTORICO DE UNAS RELACIONES DIPLOMATICAS

EL 27 de agosto de 1936, un embajador presentó sus cartas credenciales al Presidente de la República, con la pompa y la ceremonia acostumbradas. Era el primer embajador de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en España. La revolución rusa tenía ya diecinueve años, la II República española, cinco. Y la guerra civil, cuarenta días. El paisaje velazqueño, desde las ventanas de Palacio, era todavía un paisaje de paz. Si arden zarzas en el Campo del Moro, en la Casa de Campo, es por el calor sofocante. Todavía no se han abierto las trincheras, no se han levantado los parapetos. El embajador extraordinario y ministro plenipotenciario, Marcel Rosenberg («el jorobado Rosenberg») le llamaron habitualmente los periódicos de Salamanca, de Burgos, de Sevilla), pronuncia unas breves palabras al entregar a don Manuel Azaña las cartas de crédito del Comité Central Ejecutivo de la URSS. «Se perfectamente —dice— que el Gobierno de la República española no quiere imponer a otros su propia concepción política y social, actitud que corresponde completamente con la de mi Gobierno. Al expresar a vuestra excelencia, señor Presidente, los sentimientos que reflejan la voluntad de paz y de buena relación entre todas las naciones en que se inspira mi Gobierno...». Don Manuel responde con la misma brevedad: «Decis bien, señor embajador, cuando subrayáis en vuestro discurso el criterio de la República española de no pretender imponer a otros pueblos sus propias concepciones políticas y sociales, y me sirve de viva satisfacción comprobar en vuestras palabras la coincidencia que en ese concepto liga a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a esa misma doctrina, única que

puede respetar la dignidad de todos los pueblos y hacer posible la paz fecunda entre ellos y su libre y cordial convivencia».

La dualidad soviética

En esas palabras se encuentra probablemente la clave de toda la diplomacia soviética y de sus relaciones con el mundo que luego se llamaría occidental: la defensa contra las acusaciones de injerencia, por vía revolucionaria, en los regímenes y Gobiernos extranjeros. El internacionalismo comunista. Con la revolución de octubre y la posterior implantación del Estado Soviético, se confunden, probablemente por primera vez en la historia, la política interior y la exterior de las grandes naciones. La alianza contra el comunismo existía ya en la época del «Manifiesto» de Marx y Engels: «Un espectro obsesiona a Europa, el espectro del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han unido en una Santa Alianza para exorcizar ese espectro. El Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales de Francia y los policías de Alemania». En 1917, el espectro tomó cuerpo, se encarnó en Rusia. La revolución rusa no era un hecho aislado en un país, era o podía ser el principio de una serie de acontecimientos en toda Europa, en todo el mundo. Cuando se decidió la intervención extranjera en apoyo de los generales blancos —los alemanes, en los estados bálticos; los ingleses, en los puertos nórdicos; los japoneses, en torno a Vladivostok, en el Pacífico—, no se trataba de quitar o poner Zar, sino de cortar las revoluciones propias. Cuando, más tarde, ganada la guerra civil por los soviets y retirados los cuerpos expedicionarios, se decretó el bloqueo de Rusia, se estaba creando una defensa pro-



pia. El nombre que tomó este bloqueo, el de «cordón sanitario», explica bien el alcance de la medida política. El fracaso de las revoluciones en los países industriales dejó a Rusia inesperadamente aislada. Inesperadamente, porque se había supuesto que la revolución rusa era sólo un episodio y que no podría mantenerse sin el apoyo de otras revoluciones establecidas en países de mayor desarrollo. A partir de ese momento nace una dualidad contradictoria en su política. Por una parte, necesita romper su bloqueo económico y diplomático, y ello sólo podrá conseguirlo dando garantías de que no trata de fo-

mentar ni apoyar revoluciones o subversiones en otros países; por otra, no puede renunciar a su doctrina internacionalista, a la idea de la revolución general y la transformación de las sociedades. En el primer sentido, Lenin formulará las primeras tesis de la coexistencia pacífica, y se llegará a la definición del «socialismo de un solo país» (Stalin). En el segundo, proveerá con la creación de la III Internacional, o Komintern. La persecución de ese equilibrio ha obsesionado la política soviética del último medio siglo. Las alusiones a la «no injerencia» en el discurso de Rosenberg ante Azaña, revelaban esa pre-



El 27 de agosto de 1936, un embajador presentó sus cartas credenciales al Presidente de la República, con la pompa y ceremonia acostumbradas. Era el primer embajador de la URSS en España. Se llamaba Marcel Rosenberg (en la fotografía de la página anterior). La primera gran ola de reconocimientos diplomáticos de la Unión Soviética fue en 1924: Gran Bretaña, Austria Noruega, Italia, Grecia, Suecia, Dinamarca, Méjico y Francia; Japón reconocería a la URSS en 1925... Los Estados Unidos se reservaron hasta 1933, y, entonces, se decidió la República española. El intercambio de embajadores no se llevó a cabo hasta 1936. El doctor Marcelino Pascua (foto de la izquierda), que más tarde sería embajador en París, marchó a Moscú. Rosenberg, embajador soviético, vino a Madrid con un séquito impresionante de personal diplomático...

Eduardo Haro Tecglen

ocupación. La insistencia de Azaña, el cuidado con que la República trataba de no perder las alianzas de las democracias burguesas —Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos—, fundamentalmente anticomunistas, y evitar cualquier justificación a la enemistad de Alemania e Italia.

Reconocimientos

La primera gran ola de reconocimientos diplomáticos de la Unión Soviética es de 1924. Gran Bretaña, Austria, Noruega, Italia, Grecia, Suecia, Dinamarca, Méjico y Francia decidieron el establecimiento de relaciones,

nes, y el Japón, en 1925. Este paso estaba moderado por otro, en 1925 se firmaría el tratado de Locarno —Inglaterra, Alemania, Italia, Francia y Bélgica—, que suponía una liga de defensa contra la URSS (cuando lo violó Hitler, en 1936, no hubo más que protestas formales). Otras naciones menores regatearon el reconocimiento diplomático. Yugoslavia no lo haría hasta 1940. Los Estados Unidos se mantuvieron en reserva hasta 1933. Hasta que los Estados Unidos no tomaron esa decisión, la República española no se decidió. Ese mismo año de 1933, España decidió el reconocimiento de la URSS y el intercambio de relaciones diplomáticas. Pero no lo llevó a efecto.

La II República y la URSS

La República española del 14 de abril de 1931 se planteaba en su Constitución como «República democrática de trabajadores de toda clase», cuyos poderes «emanan del pueblo». Tenía un aspecto socialista, pero era una república burguesa. El patrón ideal de sus pensadores —Ortega y Gasset, Marañón, Pérez de Ayala— y de sus políticos eran los sistemas británico y francés en que se habían formado. El contexto socio-económico del

país no permitía esa idealización, de donde vino una sensación de fraude para todos los sectores de la nación, incluyendo los propios políticos que habían engendrado la República, y que se veían ya lejos de sus propios propósitos. En ese contexto, las relaciones con la URSS parecían al Gobierno peligrosas. Podían contribuir a fortalecer al incipiente partido comunista y a los revolucionarios diversos, podían volver suspicaces a Gran Bretaña y Francia. La República tenía en Madrid embajadores de Hitler y Mussolini, pero no los tenía de la URSS. Se dice que era el propio Presidente, Alcalá Zamora —cató-

ESPAÑA Y LA URSS

lico ferviente y practicante—, el que con mayor fuerza se oponía a estas relaciones, y alegaba el precedente de los Estados Unidos. En 1933, formado el tercer Gobierno de Azaña y siendo ministro de Estado (Asuntos Exteriores) don Fernando de los Ríos, se produjo el reconocimiento de la Unión Soviética. Inmediatamente se produjo un gran sobresalto en la política interior. Las fuerzas conservadoras del país se opusieron tenazmente. Algunos sindicatos patronales llegaron a decir que se pretendía importar materias primas soviéticas que entrarían en concurrencia con las españolas, y que esa concurrencia sería desleal porque la URSS vendía «sin beneficio económico». Los locales de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética (AUS, principalmente formada por intelectuales y estudiantes) fueron asaltados a mano armada; entre los detenidos por ese acto había no solamente miembros de los grupos fascistas españoles, sino también algunos anarquistas. Estas protestas y la renuencia de Alcalá Zamora fueron retrasando la realización de las relaciones ya acordada. Cuando, en 1934, se implantó un Gobierno derechista y conservador —el de la alianza Lerroux-Gil Robles—, este tema fue totalmente descartado de la política del Gobierno. No lo iba a resucitar tampoco el Frente Popular de febrero de 1936, especialmente preocupado por sostener una imagen no revolucionaria y negar toda influencia del partido comunista. Fueron precisos cuarenta días tras el 18 de julio para que se recibiese al primer embajador de la URSS. Pero aún se precisó un mes más para que la República nombrase un embajador en Moscú. El 26 de septiembre publicó «La Gaceta» un decreto, firmado diez días antes, en el que se creaba la Embajada de España cerca del Presidente del Comité Central Ejecutivo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. «En momentos en que España inicia una nueva estructura de su vida político-social, inspirándose en anhelos que respondan al concepto de libertad y renovación, estima el Gobierno de la República indispensable no sólo mantener y fomentar sus



relaciones internacionales, sino estrecharlas con otras democracias afines, entre las cuales es uno de sus más altos exponentes la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas». En la exposición del decreto se revelaba una vez más («... nueva estructura de su vida político-social...») cómo las relaciones con la URSS desde España, como desde los otros países, eran una consecuencia de la política interior. Fue designado embajador el doctor Marcelino Pascua, que más tarde lo sería en París.

Rosemberg, la República, los obispos

El «Jorobado Rosemberg» vino a Madrid con un impresionante

séquito de personal diplomático. En Barcelona se instaló, como cónsul general, Antonov-Ossenko, tipo clásico del viejo militante revolucionario que contaba cómo había participado en San Petersburgo en el asalto del Palacio de Invierno en 1917. El agregado militar era el general Berzin, cuya prosapia revolucionaria era aún más antigua; había sido jefe de guerrillas cuando tenía dieciséis años, en la revolución de 1905. La Embajada quedó instalada en el famoso hotel Gaylord, de la calle de Alfonso XI. El mismo día de la presentación de credenciales llegaba al puerto de Alicante el primer barco soviético, el «Nevá», con un cargamento de víveres. Fue recibido con gritos de «¡Viva Rusia!», y la tripulación del capitán Korenevski fue invitada a una corrida de toros.

Los actos de fraternización habían comenzado. Algunas calles fueron bautizadas con el nombre de «Avenida de la Unión Soviética». En Madrid se iniciaba una «Semana del cine soviético» y aparecían en los escaparates de las librerías las primeras traducciones de la literatura soviética, y en calles y plazas se elevaban los retratos de los dirigentes, presentes y pasados, de la revolución soviética. Stalin, sin embargo, adhería la URSS al Comité de No Intervención. La ayuda directa la prestaría el otro brazo, el de la Komintern. Esta intervención sería denunciada desde Burgos. Uno de los documentos más explícitos en este sentido es la «Carta Colectiva» del episcopado español dirigida al mundo: «... La hecatombe producida en personas y cosas por la revolución



Algunas calles se rebautizaron con el nombre de «Avenida de la Unión Soviética» (en Madrid lo fue el trozo de la Gran Vía que llevaba el nombre de Conde de Peñalver), y en Madrid se iniciaba una «Semana del cine soviético» (en la foto: el cine Monumental)... Más tarde, Stalin liquidaría a casi todos los personajes soviéticos que pasaron por España: cayeron el embajador Rosemberg, Antonov-Ossenko, cónsul general en Barcelona, y el periodista Koltzov, de «Pravda» (en la fotografía, con su esposa, María Osten). Durante la Segunda Guerra Mundial, España envió la División Azul (a la izquierda: salida de sanitarios y enfermeras con destino al frente ruso). Arriba: El regreso del «Semiramis», en Barcelona, 3 de abril de 1954, con los últimos prisioneros de la División que quedaban en la URSS.

comunista fue "premeditada". Poco antes de la revuelta habían llegado de Rusia setenta y nueve agentes especializados... La revolución fue esencialmente "antiespañola". La obra destructora se realizó a los gritos de "¡Viva Rusia!", a la sombra de la bandera internacional comunista. Las inscripciones murales, la apología de personajes forasteros, los mandos militares en manos de jefes rusos... Este odio a la religión, a las tradiciones patrias, de las que eran exponente y demostración tantas cosas para siempre perdidas, "llegó de Rusia, exportado por orientales de espíritu perverso"... Digamos que, al morir, sancionados por la ley, nuestros comunistas se han reconciliado en su inmensa mayoría, con el Dios de sus padres. En Mallorca han muerto impeni-

tentes sólo un dos por ciento; en las regiones del Sur, no más de un veinte por ciento, y en las del Norte no llegan tal vez al diez por ciento. Es una prueba del engaño de que ha sido víctima nuestro pueblo». El primer firmante de la Carta, por su jerarquía, era el cardenal Gomá, arzobispo de Toledo. Se dijo de él que era el principal redactor del documento.

Roces

Las relaciones de la República con la URSS, iniciadas tan brillante y llamativamente, no fueron, sin embargo, demasiado buenas. Especialmente a partir del Gobierno Negrín. El doctor Negrín cortó ciertas familiaridades de los embajadores soviéticos —después de Rosemberg,

Golnski, y, finalmente, sólo un encargado de negocios, Marchenko—, que debían dirigirse a él protocolariamente como «señor Presidente del Consejo», en lugar de como «camarada», como sucedía en otros departamentos ministeriales. Se cuenta que, por lo menos una vez, Negrín estuvo a punto de expulsar al embajador soviético y romper las relaciones con la URSS. En otra ocasión envió instrucciones a su embajador en Moscú para que advirtiese a Stalin que si no incrementaba la ayuda al pueblo español, su Embajada se retiraría. Algunos tratadistas estiman que la guerra civil española fue para Stalin una desagradable sorpresa. Entregado a su equilibrio coexistencia-Komintern, y muy especialmente a un juego que le per-

mitiese subsistir entre el grupo nazi de Alemania e Italia y el grupo burgués de Italia-Francia y Estados Unidos, la guerra civil española ponía más de manifiesto sus contradicciones; las contradicciones esenciales diplomáticas en que la URSS tenía que desenvolverse. La ayuda a la República fue disminuyendo gradualmente. En junio de 1938, si creemos el informe del embajador alemán en Moscú, conde Von der Schulemburg, la URSS se inclinaba entonces por una paz de compromiso entre los dos bandos españoles, «ya que permitiría —decía el embajador— que la Unión Soviética liquidase su aventura española». Era la época en que Ilya Ehreburg hablaba en sus artículos de «Izvestia» de los «patriotas del otro lado de las fronteras».

ESPAÑA Y LA URSS

Todos murieron

Ilya Ehreburg fue uno de los pocos supervivientes de los enviados soviéticos a España. Quizá por esta moderación o por su aceptación de los puntos de vista oficiales soviéticos, en contraste con el personal diplomático y militar que urgía una mayor ayuda a la República. Poco a poco, fueron todos liquidados por Stalin. Cayó el embajador Rosemberg, cayó Antonov-Ossenko y el periodista Koltzov... El general Berzin acostumbraba a dar fiestas de despedida a los que eran llamados a Moscú, de los que luego no se sabría nunca más. Un día, el propio general Berzin fue llamado. Le fusilaron. En 1956, Krutchev rehabilitó la memoria de estas víctimas de Stalin.

El deshielo

Las relaciones entre la Unión Soviética y España duraron, por lo tanto, desde el 27 de agosto de 1936 hasta el 1 de abril de 1939. La II Guerra Mundial comenzaría poco después: el envío de los combatientes voluntarios de la División Azul subrayaba la importancia que el nuevo Estado daba a la participación soviética en España durante esos treinta y dos meses. Posteriormente ha habido contactos oficiosos que han permitido la repatriación de prisioneros de la División Azul y el regreso a España de algunos de los llamados «niños rusos», aquellos que fueron enviados por sus padres o por las organizaciones a la Unión Soviética durante la guerra civil. A partir de 1966 se iniciaron algunos contactos comerciales con países del bloque comunista. Rumania y Polonia, luego Hungría, recibieron representaciones españolas: se celebran conversaciones con otras naciones comunistas. «No se puede ignorar la mitad de Europa», ha dicho López Bravo. En 1967 hubo un acuerdo comercial marítimo con la URSS, que permitía la utilización mutua de puertos. En 1968, España importó de la URSS por valor de 18,9 millones de dólares —principalmente, petróleo, madera, alimentos congelados, aluminio— y exportó a ese país por valor de 17,8 millones de dólares —naranjas, ropa interior, almendras, harina, zapatos—. (Los datos de 1969 son incompletos aún.) Los barcos pesqueros soviéticos en el

Atlántico pueden utilizar Tenerife como base de aprovisionamiento. Se ha dicho que va a emprenderse un intercambio informativo entre la agencia soviética Tass y la española EFE.

El caso de la «escala técnica»

Recientemente el nuevo ministro español de Asuntos Exteriores, López Bravo, permaneció durante siete horas en Moscú, sin salir del aeropuerto —según se cree—, en razón de lo que se ha llamado una «escala técnica». Esta noticia no se supo hasta varios días después, y de una forma que podríamos llamar «irregular»: por un artículo aparecido en el diario «Pueblo» y firmado por su director, Emilio Romero. La información contenida en ese artículo aparecía así como un hallazgo periodístico. Publicada en otro periódico de los que se tienen por más afines al señor López Bravo o a la política gubernamental, hubiera podido interpretarse como una información oficiosa. Dada y matizada la noticia por «Pueblo», tenía el aspecto de una información libre y la posibilidad de abrir un debate de informaciones y opiniones, utilísimo sin duda para que el Gobierno, y en especial el ministro de Asuntos Exteriores, conociera la opinión interior que, como queda dicho, tanto pesa en esta materia de las relaciones con la URSS. El propio ministro ha continuado manteniéndose discreto y levemente misterioso respecto a su escala técnica y a la suposición de que sería seguida por un intercambio de «altos funcionarios» de los dos países. La opinión pública no se ha manifestado contraria. Iba por delante en este tema. Ya en 1966, el diario «Ya», de la Editorial Católica, pedía en un editorial la reanudación de relaciones con la URSS. Ciertamente, hay un largo contencioso por liquidar. Prácticamente, todas las naciones del mundo tienen contenciosos de alguna índole que liquidar con las otras. La historia acumula agravios. Pero todas sostienen relaciones con la URSS. En materia de agravios, los que se han causado mutuamente Alemania y la URSS son de envergadura. La URSS culpa a Alemania de la muerte de cinco millones de ciudadanos soviéticos. Bonn acusa a la URSS de la división amura-



llada de Berlín, de la escisión del país en dos mitades y de la amputación de territorios fronterizos. Pero Alemania Federal y la URSS no sólo mantienen relaciones diplomáticas, sino que celebran actualmente negociaciones para la posible firma de un tratado de no agresión. El pasado no cuenta.

Cambio en la URSS

La consideración tan reiterada aquí de que las relaciones con la Unión Soviética dependen generalmente de la política interior, podría hacer pensar que hay una variación en la política interior española que hace ahora posibles —si es que lo son— esas relaciones. Es, probablemente, más realista pensar que hay modificaciones en la URSS. El balance antes señalado entre país coexistente y relacionado, y cuna y faro de la revolución, se está inclinando, en los últimos años, hacia el primer brazo. La URSS no estuvo realmente desbloqueada hasta la Se-

gunda Guerra Mundial, cuando las democracias se aliaron con ella para derrotar al nazismo. Churchill, que había inventado la expresión del «cordón sanitario», la reinventó bajo la forma de «telón de acero». Los años de la guerra fría fueron una reanudación del bloqueo, pero esta vez con una potencia que ya se había abierto y que había crecido, que llegó a tener la bomba atómica y que ofrece hoy un equilibrio militar con la primera potencia del mundo, los Estados Unidos. Estas circunstancias, utilizadas en la muerte de Stalin, abrieron de nuevo el bloqueo. Hoy, el «Drang nach Osten» no se hace por vía militar, sino por vía diplomática. Cuando los países occidentales acusan sus revolucionarismos interiores, acuden a otros nombres. Hablan del guevarismo, del castroismo, del maóismo, reconstruyen el anarquismo. Ya es difícil aludir hoy a los «orientales de rostro perverso», a los agentes de Moscú, a los de la Komintern —que fue disuelta



Recientemente el nuevo ministro español de Asuntos Exteriores, López Bravo, permaneció durante siete horas en Moscú. Alvarez del Vayo (foto de la izquierda) era ministro de estado en la época de relaciones con la URSS. Después de la guerra civil, España y la URSS han tenido contactos oficiosos, comerciales, culturales... Leó니다s Sedov estuvo en España, por vez primera, en octubre de 1957, en un congreso de Astronáutica, y volvería en 1966. El ballet de Moisseiev logró, hace unos años, un éxito espectacular en sus actuaciones por España... En la fotografía superior, López Bravo, en Barajas, con el ministro del Aire, Díez Benjumea, y el de Información y Turismo, Sánchez Bella, que se hizo cargo de la cartera de Asuntos Exteriores en ausencia de su titular. La noticia de la «escala técnica» en Moscú se conoció a través del vespertino madrileño «Pueblo», y, dada y matizada por éste, tenía el aspecto de un sondeo para abrir un debate de informaciones y opiniones. La opinión pública no se ha manifestado contraria...

en 1942—, al «oro de Moscú». Aún hay quien lo hace, pero están «out».

Los «ultras»

Ciertamente, hay algunos sectores de oposición. Existen los anticomunistas místicos, personajes que equivalen, más o menos, a «militantes fanáticos» que segregaron la URSS y el comunismo en otros tiempos. Apenas quedan militantes fanáticos, o están en casas de retiro, en el descanso. Quedan aún anticomunistas místicos. El recubrimiento místico de los intereses anticomunistas tiene una considerable lógica. Oulenes, dotados de un espíritu de misión universalista, consideran el comunismo como nocivo y destructivo en el ámbito local, no pueden dejar de considerarlo así cuando tratan de la patria del comunismo, de la URSS. Pero hoy los intereses políticos y diplomáticos ya están recubiertos de mística o de fanatismo. Tienen otra semántica.

Al otro lado

¿Y desde el otro lado?... Al periodista soviético Víctor Louis se le tiene comúnmente como portavoz oficioso del Gobierno soviético. Ha estado en España y escribe en Moscú: «Durante décadas, el Generalísimo Francisco Franco ha sido el objetivo de los caricaturistas soviéticos. Pero ahora ha desaparecido de las caricaturas. En cuanto al Príncipe Juan Carlos de Borbón, no hay ninguna razón para atacarle. Después de todo, la Unión Soviética coexiste pacíficamente con muchas otras casas reales». «Está claro —añade— que después de haberse ignorado durante muchos años el uno al otro, los dos países están ahora intentando tomar contacto en una serie de terrenos muy diversos. Sin embargo, la principal atracción de la URSS para la moderna España es la del intercambio en política internacional. Mientras España no tenga relaciones con la Unión Soviética, su voz se

escuchará poco en los países vecinos próximos. El apoyo soviético a España en las Naciones Unidas sobre el tema de Gibraltar impresionó en Madrid, y la actitud antiamericana abierta de muchos españoles influyentes y su deseo de volver a entrar en la política europea sin necesidad de estar respaldados por los Estados Unidos, será, desde luego, acogida con simpatía por la Unión Soviética».

Parte de una política

¿Es tan decisiva la relación diplomática entre España y la Unión Soviética, si es que se produce? Es históricamente curiosa, periodísticamente interesante, políticamente sintomática. No parece que se la deba, sin embargo, sobrevalorar. Sería la reparación de una anomalía, la entrada en una «realpolitik» que ha faltado, la confirmación de la desaparición de los elementos místicos del ámbito político. Pero no podría ser considerada, probablemente, más

que como una parte dentro de un contexto mucho más amplio, de un contexto que parece ahora iniciarse con lentitud, con moderación y con prudencia: la europeización, o más bien la internacionalización —muchas veces, las formas externas del internacionalismo se llaman en Europa «europeísmo»—, la apertura. Debe formar parte de un contexto de política interior, de política nacional. El nacionalismo «ultra» que algunos exhibían en estos últimos años, con un curioso rebrote, tendría que dejar paso a una serie de condiciones nuevas, de nacionalismo simplemente orgánico —en la medida en que, por ejemplo, un individuo es un organismo vivo y vive en función de ese organismo, mientras que su exaltación individual puede confundirse con el orgullo, con la soberbia—. Todos los indicios, por ahora, son contradictorios entre sí. Cambiar de traje no es tan fácil, ni todo el mundo lo desea. ■ E. H. T. Fotos: FIEL, CI-FRA y EUROPA PRESS.